

entre los clásicos españoles de las tres centurias precedentes. Lo que era hoguera extinta en la antigua metrópoli revivía y brillaba durante algunos años más en la antigua colonia, hasta apagarse después de nueva y fulgente iluminación. Las silvas de Andrés Bello, los cantos épicolíricos de Olmedo, no tienen rival que los venza en toda la literatura castellana.

ENRIQUE PIÑEYRO

(Concluirá).

LA TOLERANCIA CRISTIANA (1)

Señor Gobernador, señor Cura, señores :

Cada año celebra nuestra Sociedad, en honor de su Santo Patrono, este acto con el objeto de dar gracias al Todopoderoso por los beneficios recibidos é impetrar nuevos para el venidero; presentar informe del curso que ha seguido su obra de caridad; hacer un balance de los socorros y limosnas impartidos, de los que quedan por realizar y de los recursos allegados; y para que los socios, "*consolándose mutuamente por la fe que les es común,*" alienten y estimulen su espíritu para proseguir adelante en su trabajo. Tal costumbre se ha practicado con regularidad año por año, á pesar de las contrariedades é inconvenientes de las épocas; y plegue á los Cielos que así continúe haciéndolo la Sociedad de San Vicente de Paúl en el decurso de los tiempos, con lo cual se asemeje siempre más á su Santa Madre la Iglesia católica, en cuyo seno se desarrolla y amamanta.

Porque ésta, que cuenta sus días por las fiestas de sus santos, nunca se olvida de ninguno, ni del último de sus mártires, ni del último de sus niños, ni del último de sus mendigos, ni del último de sus ancianos. Bien pueden desplomarse las montañas del mundo con estruendo y con fra-

(1) Discurso en la sesión solemne de la Sociedad de San Vicente de Paúl en Zipaquirá.

caso; bien pueden estarse combatiendo los opuestos cuadros en las fronteras de la nación ó á las puertas de la ciudad; bien pueden estar los cañones del fuerte lanzando de hora en hora sus fúnebres gemidos, los cruceros de la rada con las banderas á la funerala y los mástiles en desorden, de luto las capitales, por la muerte del Soberano ó de los héroes defensores de la Patria. La Iglesia no deja, entre tanto, de echar sus campanas á vuelo para celebrar, cantándola, la gloria de sus pacíficos, así sean éstos simples pastorcillos como San Benitico del Ródano ó como Santa Germana. Y viceversa: que celebren los Estados con salvas y con dianas militares, con academias ilustres, con festivales espléndidos, con ruidosos concursos, el natalicio de sus reyes, el triunfo de sus huestes ó el centenario de sus glorias; no por eso dejará ella de entonar al compás de los dobles y del órgano el *Miserere* y el *De profundis* por sus fieles idos, ni de sollozar enlutada los salmos y los trenos por la muerte del Redentor en el viernes de Paraseve. Porque ella sabe de la creación y del diluvio universal; ella explica los castigos del Babel y de Pentápolis inicuas; asiste á la ruina de Jerusalén ingrata; vio hace dos mil años la catástrofe de Stavia, de Herculano y de Pompeya, y ayer las de San Francisco y de Gorgona, de Reggio y de Mesina; contempló los combates de Constantinopla y de Lepanto; y ha visto á sus mártires sucumbiendo por millones en los tormentos y en el circo. Nada la turba, nada. Y mientras desatentados la maldicen y denuestan enemigos furibundos que hoy son y mañana no aparecen, ella canta, y prosigue su marcha al través de los siglos con la calma inalterable que le es propia, y que es completa é invencible, porque esa calma se la traen brisas de la eternidad.

Es del Reglamento que en esta piadosa función, para provecho interior de los compañeros, se diserte un poco sobre algún punto relacionado con la caridad, disertación que hará uno de los socios—uno cualquiera,—designado por orden del Presidente. Y esa orden no se resiste ni se

discute, antes se obedece con gusto, sin detenerse á calcular el haber intelectual con que uno cuenta; porque se trata entre hermanos de hacer el bien sencillamente; y porque aquí se procura poner en práctica el precepto divino de que el primero sea el último y el último sea el primero, lo mismo que aquel otro, divino también, de que ignore tu izquierda las obras de tu diestra mano. Que si ello no fuera así, ¿cuándo, señores, cuándo me cansaría yo de avergonzarme y de pedir perdones por venir á levantar mi voz en tal recinto destinado solamente á las plegarias y alabanzas de los fieles, á las enseñanzas del Espíritu y al sacrificio augusto? ¿Cuándo, por venir á pasear mi miseria moral y mis harapos literarios por delante de un tan ilustre, y tan grave, y tan sumamente respetable concurso?

Entre las obras de caridad y de celo que se nos manda practicar á los cristianos está la de sufrir con paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros semejantes, y es la que, en cumplimiento de mi cometido, me permito proponer para que contemplemos durante algunos momentos. Asunto, á mi humilde parecer, ni nuevo, ni difícil, ni elevado, ni profundo, y que tratado por quien no lleva en su cabeza la tonsura de los levitasescogidos, por labios que no ha quemado con el ascua el ángel del Señor, no habrá de resultar ni con la firmeza del dogma, ni con la eficacia de la unción, ni con los atractivos de la novedad, ni con ningunos otros. Empero, lo mismo en la mesa ordinaria del pobre que entre los refinados manjares y los vinos exquisitos del banquete suntuoso, nunca faltó utilidad ni faltó puesto al vaso de agua, por más que sea de la que se trae siempre á casa, y en el ánfora misma, y de aquella propia y misma fuente cabe la cual triscábamos con delicia allá en los días risueños de la infancia.

Si todos los hombres fueran perfectos, ó si á lo menos fueran superiores unos á otros por la naturaleza, acaso no fuera tan grande la necesidad de la tolerancia y del mutuo sufrimiento; pero esta sangre que corre por nuestras ve-

nas está constantemente arrojándonos á los pies de Adán el primer padre, y persuadiéndonos á poner en olvido ó menosprecio los pergaminos y ejecutorias de los aficionados á inventarse antigüedades esclarecidas. La conciencia y la observación externa nos predicán con triste elocuencia que no fue la perfección el patrimonio de nuestro linaje, sino que, al contrario, la debilidad, la concupiscencia, la caída, forman el tejido de nuestra existencia; y que estos tristes achaques, que sólo los remedian las curas de la gracia, son á todos comunes, al joven como al anciano, al pobre como al rico, al inteligente como al rústico, al hombre, á la mujer. En ocasiones acontece que allá, de esa antorcha inmortal de luz indeficiente que es la mente divina, despréndese una centella que atravesando los cielos de los cielos desciende por los espacios misteriosos y llega á nuestro mundo á posarse en una frente soberana. Es el genio: el mayor poder creado por Dios para percibir la verdad acá en la tierra, límpido lago en que se reflejan el Creador y el universo con el mayor esplendor y colorido, numen prepotente que mostrándonos las ideas encarnadas en imágenes palpables, con la línea, con la nota, con la palabra, las infunde en nuestra alma con un sentimiento que la avasalla, que la hace humillarse bajo su acción irresistible, y entregarse á él por un impulso semejante al que sentimos cuando el amor se apodera de nosotros y nos domina. Mas ¡ay! que ese hombre en cuya mente refulge más intensa la participación de la divina lumbre, que impera en los espíritus y se arrastra en pos de sí el cariño y la admiración de innumerables devotos, también siente en su corazón mordisco tras mordisco de los remordimientos, lleva también en su inteligencia errores nebulosos, lacerias en el alma, para lloradas más que para dichas, acicates de deseos en sus instintos y acritudes en los recuerdos de su vida.

Pues así de todos los hombres. Porque el hombre, como tanto se ha repetido, mira con sus ojos hacia el Cielo, cuando tiene sus pies sumergidos en el lodo. Que si un ángel

descendiera, y levantando de súbito los velos de la materia dejara al descubierto el estado de las almas, ¿qué vieran nuestros ojos sino una inmensa leprosería que sembrara espanto en el espíritu al percibir y terrores de muerte al contemplarla? Pues esta comunidad de flaquezas debe constituir como un derecho de todos á la conmiseración de todos; y, de consiguiente, movernos á la paciencia y á la tolerancia con el prójimo; para disimular sus defectos y sufrir sus adversidades, uniendo á la paciencia la misericordia, y al perdón la reserva y el olvido.

Jesucristo quiere que tengamos paciencia con el prójimo; y es razón de grande entidad para cumplir este precepto la amable calidad del mandador. El, para despedirse, nos entregó la flor traída de los jardines de su patria: *“Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos á los otros; así como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán que sois discípulos míos, si tuviereis caridad entre vosotros.”* Pero este amor no ha de ser una modalidad inmanente de nuestra alma, como las aguas estancadas; ha de correr como el arroyo vivo, manifestándose en hechos verdaderos. Así el divino Maestro, en pos de esta ley general, nos da las reglas que la concretan y precisan. *“Revestíos, dice por Pablo de Tarso, revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de modestia y de paciencia, soportándoos los unos á los otros, cancelando cada uno á su hermano todo motivo de queja que contra él pudiera poseer, y perdonándoos como el Señor os ha perdonado; y tened caridad sobre todo, que es el vínculo de la perfección.”*

Hay, pues, que perdonar. Y más, digamos nosotros. Hay mucho de agradecer á nuestros hermanos que con sus desvíos nos ponen en ocasiones de perdón. Porque, señores, si ya cayeron de nuestras manos las azucenas y los lirios; si no raya en nuestras frentes el resplandor de la inocencia; si no somos ya como aquellos seres puros de cuyo pecho se alzan las oraciones como palomas blancas á posarse en el cielo sobre el corazón del Salvador, necesario es que en todos los momentos de nuestra vida clamemos al Dios de la misericordia: perdonanos, porque nosotros perdonamos.

Pero hay otro título por el que habemos de cubrir las faltas ajenas con el bálsamo de nuestra paciencia; y es que Jesús, á más de mandárnosla en muchísimos lugares, nos la enseña con el ejemplo; y éste siempre—y más cuando proviene de persona amable—fue el móvil superior de la conducta de los hombres. Pues aquel divino Señor que po-

día en cualquier momento pulverizar el mundo, se decía "el Manso." EL, que "acosa y sorprende á los sabios enredados en sus propias astucias," se llamó "el Cordero;" y aún hoy muchos impíos, sus enemigos y holladores de su doctrina, le apellidan con todo el mundo el dulce; "el dulce Jesús de la Galilea." EL nunca en su vida mortal obró milagros con el fin de afligir á los hombres, ni para castigarles, sino siempre para hacerles beneficio, dulcificar sus penas y contentar sus corazones. Exorciza á los posesos, da vista á los ciegos, hace andar á los paralíticos, limpia á los leprosos, á los hambreados multiplica el pan, á los niños pobres les hace del agua vino generoso y á los muertos les devuelve la vida. EL come en casa de los pecadores, á los incrédulos les da la fe, á los obstinados llama á conversión, cura las dolencias humillantes con la discreción más delicada y graciosa que imaginarse puede, y á los niños manda que se les permita llegarse á su regazo. Por todas partes aquellos pies adorables, aquellas manos virginales, aquellos ojos divinos, anduvieron buscando cuitas que remediar y tristezas que consolar, haciendo el bien y sembrando como de flores la tierra ingrata de los que le habían de sacrificar. Y las mayores ofensas paga con los más grandes beneficios; porque al pueblo que le ultima con muerte despiadada cual ninguna otra muerte, le regala al expirar con una madre superior á toda madre; y cuando un hombre de alma feroz le rasga el corazón ya sin anhelos, le responde con dos rayos de luz para sus ojos que eran ciegos, y la lanzada le pagó con flecha de amor que, hincada en el corazón del criminal, le lleva de la feal arrepentimiento, del arrepentimiento á la santidad, y de ésta al Cielo.

El sacrificio, señores, es uno de los actos que más dignifican y engrandecen al hombre, demostrando en él la presencia de una alma espiritual y libre. La naturaleza busca y cumple necesariamente su objeto; pues, según lo enseña la Filosofía, *natura determinatur ad unum*, se determina siempre á un solo fin. El fuego quema, sin ser libre para no quemar; el león hambreado devora, sin saber compadecer á la mujer ó al niño; el río desbordado arroja y tala; el volcán revienta sin escoger los fundos que han de destruir sus lavas; la ola sepulta los bajeles, sin pensar en quiénes son los navegantes. Sólo el espíritu es libre para querer ó no querer, para negar con la voluntad lo que reclama el apetito; para optar entre los placeres y el dolor; para preferir la muerte que espanta siempre á la vida que siempre amamos. El sacrificio representa siempre un esfuerzo de la virtud sobre la pasión, es decir, una vic-

toria del alma sobre sí misma, y es por eso una manera de oración y de homenaje muy accepta á los ojos del Señor.

Ahora bien. El ejercicio de la paciencia es una serie de pequeños sacrificios, en que el hombre acepta la ofensa cuando el deseo le muestra el halago, otorga el perdón cuando la pasión le dicta venganza, pasa por la humillación cuando le aguija el orgullo. Por consiguiente, esta virtud debiéramos practicar con esmero el común de los cristianos; ya porque los agravios de nuestros semejantes, sabidos conllevar, templan el alma para las otras virtudes, tal como se forja el acero á los golpes del martillo; ya porque esta manera de propiciación, amén de algunas limosnas, es una de las menos difíciles de practicar para los que no hemos tenido el privilegiado valor de aquellos héroes y heroínas de la castidad, de la obediencia y la pobreza que, con energía que pudiéramos los profanos decir ideal, se han aferrado con esos clavos á las asperezas de la cruz, haciendo de su vida un perenne holocausto, al par que toda la emplean en servir á los enfermos, educar á los niños, administrar las cosas del Santuario; en suma, á preparar á los hombres para los destinos de una vida superior.

Si la práctica de la paciencia es, como hemos dicho, un verdadero sacrificio, es necesario fundarla en el amor de Jesucristo. Hacerla arrancar de otro cualquiera sentimiento sería ponerla basamentos como de arena. No se la puede apoyar en la vana ostentación de genialidades exquisitas, porque tendría por límites los de la simpatía de nuestros semejantes; no sobre el interés de los favores, porque sólo se ejercitaría con los poderosos; no sobre la esperanza de la gratitud, porque encallaría en el desconocimiento de los hombres; no sobre los lazos de la sangre, porque su acción favorecería á unos pocos; ni sobre la filantropía mundana, ni sobre la urbanidad social, ni sobre la elegancia protestante, porque estaría sujeta á las veleidades del humor y del carácter, como la generosidad pagana. Ni aun al amor humano, con ser tan poderoso motor de corazones, puede confiársele la producción de la paciencia evangélica. Porque el amor, este encanto inexplicable en que pasamos toda nuestra vida; esta maravilla de la naturaleza que nos lleva como niños á inclinarnos á los pies del que una vez nos subyugó con su mirada, *in uno crine colli sui*, con un rizo de su cuello, como expresa tan donosamente la Santa Escritura, no tiene más que una causa pura, y esa causa es la belleza. Lo dice Lacordaire desde la cátedra más eminente que ha tenido el Catolicismo en varios siglos. Pero esta cualidad es transitoria y, sobre transitoria, rara. "Los seres que se hallan más dotados de ella—continúa el mis-

mo ilustre orador de Nuestra Señora—sólo gozan un momento de su corona. Adorados un día de su vida, sienten bien pronto la fragilidad del don que se les ha hecho; los aduladores huyen á medida que descienden los años, y á veces no son necesarios los años; y de experiencia en experiencia llegan estos seres á quienes se ha querido tanto á no poseer de sí mismos y de los otros más que las reliquias de un sueño." Y cualidad rara; porque si encontramos en torno nuestro algunos ejemplares, y eso llenos de imperfecciones, los demás, la mayor parte, son hombres desprovistos en lo físico de la gracia y majestad propias de su naturaleza, desfigurados por el trabajo y envilecidos por las enfermedades y mil otras causas; y que, en lo moral, solapan en sus adentros depósitos repugnantes de orgullo y de ambiciones, de odios y de envidias, de voluptuosidad y de venganza, donde acaso no hallemos otras notas simpáticas que las huellas de pesares, la sangre del remordimiento, cadáveres de ilusiones y gemidos de esperanzas moribundas. Amor humano, que nace de tan frágil causa, no será, pues, el fundamento de la paciencia con nuestros prójimos. El amor á Dios es la base poderosa, la causa única en que debemos motivar todos los actos de esta virtud, llamada por excelencia á hacer de las almas las piedras de primor que formarán las arquitecturas de la Jerusalén prometida.

Objeto de la cristiana tolerancia sean todas las personas con quienes en cualquier manera tengamos que entender alguna vez en la vida; todos nuestros semejantes: el superior y el inferior, el rico y el pobre, el blanco y el de color, el joven que, ufano con la carga de sus halagüeñas ilusiones, pasa por sobre nosotros creyendo que él solo es en el mundo, y el anciano en cuya frente cuentan las arrugas el surco de las lágrimas que han corrido dentro de su corazón; el ignorante que no sabe apreciar el alcance de sus actos; el impío que hace mofa de nuestras creencias y prácticas más queridas, para quien debemos pedir á Jesús lo que los ciegos le pedían cuando pasaba: "Señor, que vea." Y si con todos y en todo tiempo nos abraza y nos obliga esta virtud adorable, mucho más debemos ejercitarla con los seres con quienes vivimos, y que son los más bellos adornos de nuestra casa: con el hermano que lleva entre sus venas la sangre de nuestras venas; con el hijo que ostenta en su rostro nuestra imagen, y que es la verdadera florecencia de nuestra vida; con el esposo que, empeñado en el luengo batallar de la existencia, nunca, aunque esté ausente, deja de ser la sombra amiga, el protector único, el alma que acompaña las desolaciones de nuestra alma;

con la tierna esposa, que en los alientos de su voz inolvidable tiene las llaves todas de nuestro corazón.

¡Cuán diferente sería el mundo si todos practicáramos esta noble virtud con decisión y con empeño! Si todos, ya que no podamos alcanzar la meta señalada por el Maestro divino, presentando la otra mejilla al ofensor de la primera, y llevando veinte pasos al que exige le llevemos diez, cuando menos supiéramos sufrir que otros no procedan de acuerdo con nuestra voluntad, lleváramos con paciencia que los demás no opinen como nosotros en las materias opinables, y no quisiéramos hacer de las debilidades ajenas motivos de acusación y vilipendio. Entonces talvez se realizaría la fraternidad general, que consiste en la distribución recíproca del corazón, de los bienes y del trabajo, que es el anhelo de todos los estadistas de buena voluntad, y que sólo la Iglesia católica ha podido ir implantando en el seno de sus bellas cofradías. Entonces se facilitarían caminos anchos á la caridad, esa virtud inefable de que aquesta de que hablamos sólo es una parte, para que llevara triunfante sus dominios á los confines de la humanidad. Entonces el telégrafo maravilloso, esos ferrocarriles que cruzan el mundo con rapidez vertiginosa, esos aeroplanos admirables que se ciernen en los aires, esos canales que ciñen los continentes, esos acorazados que nos deslumbran con su siniestra belleza: todas esas fábricas, cuya invención y perfeccionamiento galardonan los Gobiernos con los mayores premios, destinadas ahora sólo á acercár ejércitos á ejércitos, á lanzar el odio sobre el odio, á llevar al hombre contra el hombre, á destruir la vida y á verter la sangre en nefanda y atroz carnicería, entonces fueran destinadas á envolver al mundo en un sola cadena de amor, á llevar adondequiera los bienes de la civilización, á acercar los corazones á los corazones, llevando el socorro á los necesitados y la luz á los que se asientan en tinieblas. Entonces, viajero en esos vehículos portentosos, iría por todas partes Jesucristo, como el beso divino que las almas enviaban á las almas, citándose y convidándose para felicidades futuras inacabables. Y entonces la Patria querida, esta tierra que, por fortuna y por gracia de Dios, todavía es Colombia, dejaría de contemplar, petrificada de dolor como Niobe, el salvaje degollamiento de sus hijos; entonces resurgiría la pobrecilla de este piélago de pesares en que se anega, á una vida de paz y de progreso verdaderos; entonces dejaría de amedrentar el sagrado de los hogares el grito del clarín que evoca á las matanzas; entonces no tuvieran que llorar tanto las madres y las esposas colombianas,

Concluyamos, señores, como hemos empezado: haciendo á los Cielos un voto ferviente por que la Sociedad de San Vicente de Paúl, de aquel grande héroe de la paz, de aquel conquistador de corazones que, como dice Monseñor Freppel: "extiende sobre el mundo moderno el imperio de la caridad, que preparará la vuelta á la unidad de la fe por las maravillas de la abnegación," continúe para siempre sus labores en Zipaquirá, proporcionando pan al menesteroso y abrigo á los desnudos; llevando á las familias afligidas el alivio de sus ocultas pesadumbres; recogiendo al niño abandonado para transportarle con cariños maternales al hogar que le inventó la Religión; saliéndoles al encuentro á los trabajados de la vida para socorrerles y alentarles; buscando á los ignorantes para proveerles de industria y de enseñanza; asilando á la inocencia amenazada; hospitalizando y curando al enfermo y desvalido; "ayudando, en suma, á llevar la cruz de sus hermanos."

Y, en fin, porque mañana, cuando de nosotros no haya por acá más que el silencio y el olvido, estos muros que se imponen misteriosamente á nuestro espíritu, que tantos himnos de acciones de gracias y de alabanzas al Señor han escuchado, que tantas felicidades han visto principiar y tantas fenecer, que saben de tantas angustias y congojas que sólo á los pies del altar se depositan; porque estos muros, tan queridos porque nos guardan memorias de los que amámos, sean testigos de espectáculos como el presente por años sin fin en esta misma fecha, y escuchen siempre la voz de los socios de San Vicente, platicando de los negocios de esa su familia, que son los pobres y los vencidos; relatando la historia y el resultado de sus piadosas fatigas; consolándose en las acciones de gracias; y clamando, puestas las miradas en la altura que persiguen, clamando á los corazones con ecos en mil ondas repetidos: ¡Adelante!

ENRIQUE MONSALVE

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

- Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA—

CIENCIAS — LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 20 ...

Suscripción por año (adelantada)..... 180 ...

Número atrasado..... 30 ...

Para todo lo relativo á la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico